

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: UNA UIÑA DE BARRIO.....	7
Los hombres que visten de azul. Una suerte	9
Margarita nunca miente. La libreta secreta	13
El gato de los altos hornos. Todo por llegar.....	21
Un paseo con mi padre. Dentro del túnel.....	27
Los camellos de los Reyes Magos. Heroína en el barrio	29
El chalé del obrero. Cuando seamos mayores.....	33
Quiero ser cantante. Un cura malo	39
Mi playa. Un barco con tesoros.....	43
Chocolate caliente. Quedarse en el paro	47
La vacuna. Un retrato del lendakari.....	51
Un sábado no tan gris. El chico de mis sueños.....	57
Tarde de cine <i>Supergirl</i> . Las inundaciones de Bilbao.....	61
Desgracias aquí y allá. ¡La vida esta!	67
Una madre tranquila. La droga mata	77
Un triste final. La princesa Yoyes.....	81
El gallego del queso. Las cinco mil pesetas	87
Las juergas de Baracaldo. Una mujer se hace.....	95
Una niña triste. Pequeña caja de cartón	101
El colegio de monjas. Katiuskas, serrín y clases de eus- kera.....	105
La Navidad. Carbón o sardinas de chocolate.....	111
 SEGUNDA PARTE: ASÍ QUE PASEN LOS AÑOS.....	 115
El adiós de Mari Tere. Los vascos no somos todos igua- les	117
Un mercado en el barrio. El largo verano	121
Tiempos de cambios. Los buenos y los malos.....	125
Fiestas de San Juan. La chica más guapa del barrio	129

Un tebeo de <i>Esther</i> . ¿De dónde somos?.....	137
La verbena. Los ojos de Aitor.....	141
Ya dos años. La locura, la locura, la locura.....	147
La marcha de hierro. El Bilbao de siempre.....	151
Un chándal y un fular. ¡Qué vida esta!.....	155
Una mujer libre. Todo eso pasa aquí.....	161
Un metro en Bilbao. Desencanto de la universidad.....	165
Encuentros de sábado. La chica cocacola.....	171
Estos profesores y los otros profesores. Cóctel molotov..	177
Como cada lunes. Silencio y lazos azules.....	185
Tres días de julio. Amenaza cumplida.....	189
El concierto a tres. Te quiero para siempre.....	195
Loca por el chocolate. Un museo para Bilbao.....	201
Otra Navidad. Un rezo para santo Tomás.....	207
Papá y yo. La carta de Leire.....	211
Las chicas de antes. Las mujeres de ahora.....	217
El mismo ritual. La cajita de Aitor.....	225
 EPÍLOGO: LA PAZ Y LAS PALABRAS.....	 229
Un nuevo tiempo. Y pasaron los años.....	231
El quinto mandamiento. No matarás.....	235
Las llaves del coche. Debajo del sirimiri.....	245

LOS HOMBRES QUE VISTEN DE AZUL

UNA SUERTE

“Los hombres como mi padre no pueden morir. Todos ellos están aún conmigo, tan reales en el recuerdo como lo fueron en su vida. Amantes y amados para siempre. ¡Qué verde era entonces mi valle!”

¡Qué verde era mi valle!, de JOHN FORD

Por allá van. Las farolas de la calle iluminan el grupo. Se están mojando con un suave sirimiri, aunque a ellos esto no les importa. Atraviesan el parque y caminan por el paseo hasta llegar a la estación del tren. Llevan sus macutos colgados a la espalda, con algo de comida y ropa limpia. En menos de media hora, todos se vestirán de azul.

Van fumando y charlando y si no fuera porque su paso no es tan animado, ni sus figuras tan fuertes y delgadas, parecerían jóvenes soldados que regresan a casa de permiso, animados y felices. Pero no son soldados, son obreros, los obreros de un valle, que van a coger el tren hacia Sestao, Bilbao o Baracaldo.

Esta semana toca relevo de noche y han cenado en sus casas antes de irse. Se han despedido de sus mujeres y los hijos hasta el día siguiente. Se van sonriendo, se van sin quejas. Se van a trabajar. Así son las cosas y estas son las cosas por las que se sienten afortunados. Todos tienen un pequeño piso, una familia y un trabajo. A eso aspiraban y eso es lo que han conseguido. Una suerte.

A lo único que temen es a una enfermedad porque están seguros de que podrían superar cualquier otro contratiempo. Aún son jóvenes y tienen esperanzas.

Uno de estos hombres es mi padre. Se acaba de dar la vuelta porque sabe que estoy asomada al balcón para decirle adiós. Me sonrío desde lejos y agita sus manos para despedirse.

Aún lo hará una última vez, antes de doblar la esquina, antes de que le pierda de vista. Yo le volveré a decir adiós cuando vea el tren partir aunque él, de esto, ya no se dará cuenta.

Después, entraré en casa, me lavaré los dientes y me pondré el pijama mientras mi madre termina de fregar los platos. Dejará toda la cocina escrupulosamente recogida.

Mi hermano y yo aún podremos leer un rato hasta que venga mamá a apagar las luces de las habitaciones. Como si de un cuartel se tratase, estas se apagan todos los días a la misma hora. Nos obligará a rezar algo, poca cosa. Revisará si nuestros uniformes descansan bien colocados al pie de la cama. Nos besará, nos deseará las buenas noches y concluirá con un *hasta mañana* seguido de un *si dios quiere*, a la vez que cierra lentamente la puerta de la habitación.

Antes de dormirme, pensaré en mis cosas y así me vendrá el sueño. Sonríe feliz por el cromó que he conseguido hoy para mi álbum, uno de los más difíciles. Leire lo tenía repetido. Una suerte. Mi vecina Ainhoa lo tiene desde hace una semana. Ha hecho todo lo posible para conseguirme uno, pero no ha podido ser. Mañana le diré que ya está todo solucionado, que no se tiene que preocupar más por este asunto. De poco servirá porque, inmediatamente, se preocupará por otra persona que esté necesitada de algo. Ella es así.

Qué duda cabe, he tenido un buen día. No solo he conseguido el cromó número 33, también me he librado de un buen castigo, que la profesora ya tenía ideado para mí. Según ella, por charlatana. Pero, finalmente, no te tenido que copiar las quinientas frases con las que me había amenazado. Además, he cenado mi carne favorita acompañada con patatas del huerto de papá. Y de postre, mamá se ha molestado en hacer arroz con leche. Una suerte.

Papá y los otros hombres del pueblo ya habrán llegado a las fábricas. Las luces no se apagarán porque sea de noche. Hay que seguir produciendo lo que sea que produzca cada una de esas fábricas. Las luces de los cuartos de los niños se apagarán, las luces de las habitaciones de matrimonio, donde las madres dormirán solas esta noche, se apagarán, incluso las farolas del pueblo se apagarán, pero ellos seguirán con luces encendidas, trabajando para que todo esté listo. Y ya estarán todos vestidos de azul.

A la hora del bocadillo, hablarán de sus problemas, de los estudios de los hijos, de la subida de precios, de las facturas del mes, de la hipoteca, de lo que va brotando en el huerto, de lo que ya han recogido. Seguramente, hablarán también de fútbol y de política. También de los convenios y del sindicato. A esto último papá le da una gran importancia.

¡Quién pudiera verles a todos vestidos de azul! Únicamente me los puedo imaginar. Seguro que pronto mancharán sus monos de grasa. Es algo inevitable. Seguro que pronto encenderán un cigarrillo y se guardarán el paquete y las cerillas en los bolsillos delanteros. Seguro que también, en algún momento de la noche larga y plomiza, estarán pensando en su casa, en su familia, quizás al mismo tiempo que nosotros pensamos en ellos.

¡Qué haríamos sin los hombres vestidos de azul! Reconozcamos que una gran parte del mundo funciona gracias a ellos. Eso tiene mucho mérito. Eso también es una gran suerte para el mundo.

Definitivamente, los hombres vestidos de azul son gente importante. El Valle tiene muchos hombres importantes. Es una suerte para el pueblo.

Me siento muy afortunada de que uno de ellos sea mi padre. Es una suerte.

Por la mañana, entrarán en casa sigilosamente, como el Olentzero cuando deja los regalos de Navidad. Las madres, que siempre lo oyen todo, se levantarán a tomar un café con ellos antes de que, agotados por la jornada de trabajo, se vayan a dormir. Y durante el día se respetará, en la medida de lo posible, el silencio en casa para que cada hombre vestido de azul pueda descansar.

Las madres ya no se acostarán. Prepararán el desayuno para los niños, pondrán la primera lavadora, plancharán un poco de ropa para ir adelantando la tarea monótona de todos los días y abrirán la nevera para ir pensando en lo que cocinarán. Otras muchas, además, cogerán trenes y autobuses para ir a trabajar en casas que no son las suyas, en fábricas, en hospitales o en oficinas. En definitiva, se pasarán el día sosteniendo la vida de los demás.

¡Qué haríamos sin las mujeres que se casaron con los hombres vestidos de azul! No lo quiero imaginar. Reconozcamos que una gran parte del mundo funciona gracias a ellas.

Eso tiene mucho mérito. Eso también es una gran suerte para el mundo.

Definitivamente, las mujeres son gente importante. El Valle tiene muchas mujeres importantes. Mi barrio está lleno de ellas. Es una suerte para el pueblo.

Me siento muy afortunada de que una de ellas sea mi madre. Es una suerte.

Editorial Milenio

MARGARITA NUNCA MIENTE

LA LIBRETA SECRETA

“A los seis meses justos / de estar en la ciudad / rúmbala, rúmbala, rum, / me ha escrito a mí mi novia / que ha nacido un chaval, / rúmbala, rúmbala, rum, / la rumba del Nervión. / El chaval que ha tenido / tiene el pelo rizado, / rúmbala, rúmbala, rum. / Pues mío no será / porque yo estoy pelao, / rúmbala, rúmbala, rum / la rumba del Nervión”.

Canción popular

Margarita se levanta de su sofá, estira las piernas gordas y varicosas, esconde la llave de su casa dentro del sujetador y sube por las escaleras hasta el sexto piso, donde vivimos. Hoy tarda tanto que mamá cree que ya no vendrá, pero al rato la oímos. Margarita nunca toma el ascensor y siempre toca a la puerta con los nudillos. “Lo hago así porque ya sabes que los vecinos lo llevan todo por delante, Loli”, le explica a mamá.

Margarita Aizpura Mendiluce es soltera y está sola. Cuando papá se va a trabajar a la fábrica, en el relevo de noche, sube a charlar un rato con mi madre. “De la vida”, como ella dice.

Esta noche tiene muchas ganas de hablar o al menos de desahogarse. Antes de que mamá se lo pida, ya se ha sentado en una de las sillas de la cocina.

—Me siento aquí porque si no, me caigo, Loli. Te juro que no me tengo en pie. Te he de contar una cosa que, ¡vamos!, que no sé ni por dónde empezar.

—Me está asustando usted, Marga. —Mi madre se pone en pie—. ¿Quiere una tila?, ¿un café?... ¿Se encuentra mal?

—No, Loli, no. Siéntate, que cuando te lo cuente te caes tú también.

—Venga, Marga, no exagere, que seguro que no es para tanto.

—¡Begoña está embarazada, Loli! —suelta de repente y, sin esperar reacción, continúa—. ¡Embarazada!... Tal como te lo estoy diciendo. Dime tú ahora qué papeleta, así, sin esperarlo.

—¿Y qué tiene eso de malo, Marga? ¡Pues, anda que no tiene edad para quedarse embarazada! ¡Además, con ese novio, que es ingeniero! No veo el problema por ninguna parte.

—¿Y el disgusto, Loli?... Amalia está destrozada. No para de llorar. Imagina ahora las vecinas, que si ya se veía venir, que si mira qué espabilada, que si esto, que si lo otro, ya sabes. ¡Ay, qué disgusto! Ahora, que ya le he dicho: “A la pequeña ya la puedes atar en corto porque se te va de las manos; seguro, que se te va, te lo digo yo”. Mírala cuando se hizo novia del pelotari ese de Galdames. ¡Qué disgusto! Aunque era un buen chico, pero... pelotari. ¿Qué oficio es ese? ¡Ninguno, que sepa yo!

—Venga, Marga, no se preocupe tanto por los sobrinos, que ya sé que les quiere como a sus propios hijos, pero no está usted para llevarse disgustos innecesarios. Además, ¿está segura de que está embarazada?

—¡Pero cómo no lo voy a estar, Loli! Ayer por la mañana estábamos en la cooperativa, en la Bide Onera, ella, mi hermana y yo para hacer la compra de la semana. Y al ladito de los congelados se derrumbó como una pesa, se puso blanca como la leche. Al principio pensamos que era por el calor, porque están viniendo unos días de bochorno que ya... Entonces no nos dijo nada, la muy cabrona. Pero cuando se levantó y me miró, Loli, te juro que lo vi en sus ojos. Pensé para mí: “La sinvergüenza esta está embarazada”. Y tate. Hoy por la mañana las he acompañado al médico por no dejar a mi hermana sola con el disgusto, y el médico nos ha confirmado lo que ya sabíamos, o al menos lo que yo ya sabía, que estaba embarazada. Y no te lo pierdas, Loli, de cinco meses casi.

—Pues nada, ahora que todo salga bien, que es lo principal.

—Ahora que mi hermana se recupere del disgusto, porque está que si la pinchan no le sacan sangre. ¡Imagina cómo está Amalia! ¿Y mi cuñado?... ¿Para qué te voy a contar? Ya te puedes hacer idea.

—Déjelo ya, Marga. Con ese novio ingeniero, tan bueno, no van a tener problemas, mujer: se casan y ya está.

—¡Pero si no tiene trabajo, Loli!

—Seguro que no le va a faltar.

—Eso no lo sé, pero de momento no tiene nada. ¡Y está en la mili!

—Ya encontrará algo más pronto de lo que usted se cree. ¡Y de la mili se vuelve!

—¿Y dónde se van a meter cuando nazca el niño? ¡Si no tienen ni donde caerse muertos!

—Mujer, no diga eso. Se los trae aquí con usted, y así le hacen compañía y todo. Hasta que encuentren un pisito... ¡Anda que no estarían aquí bien los tres!

—¡Sí! ¡Lo que faltaba! Con lo tranquila que estoy yo. Mira, qué disgustos te da esta juventud... Que porque me has llamado, Loli, que si no ya iba a ir a la nevera a por el chocolate otra vez. Y ya sabes cómo estoy yo por culpa del dulce, pero con estos disgustos...

En este momento de la historia, me veo en la necesidad de aclarar que Margarita es adicta al chocolate. Su adicción le ha acarreado tantos problemas de salud que el médico le ha prohibido tajantemente su consumo.

Por cierto, aún no le he contado a mi madre que vi a Richi hablando con el cura el otro día. Si se lo digo tendré que seguir contando más cosas. Yo pensaba que los curas no chillan, ni se enfadan con los que somos buenos, o más o menos buenos. Pero Ulyar, el cura, le pegó a Richi en la cabeza con una llave muy gorda. Yo lo vi. Y luego Richi se fue como lloriqueando a la fábrica de tubos. Le seguí con la bici sin que él me viera.

—¡Que no exagere, Marga! ¡Que no es para tanto! ¡Si ahora eso es hasta moderno, mujer!

—Si *ama* levantara la cabeza se moría nada más abrir el ojo, Loli, te lo digo yo. Que tú ya la has conocido, y ya sabes lo poquito que le gustaba un escándalo en casa.

—¡Pues sí que su madre se iba a preocupar mucho por lo que hace una nieta de veintidós años! ¡Venga, Marga, venga!

Mi madre va hacia la nevera. Coge una bolsa de plástico de un cajón y echa unas verduras dentro.

—Tome unos pimientos y unos tomates de la huerta. Los ha traído Carlos esta mañana del huerto. Aquí se los dejo, encima de la mesa.

—¡Con estos sí que saben las ensaladas! Yo no sé lo que tienen los tomates que compra uno en la tienda que no saben a nada. No sé de dónde los traen pero... ¿se pueden comer? Si dan hasta arcadas cuando se prueban. No me digas que tienen este sabor, Loli, porque no lo tienen.

—Es que están criados en invernaderos, por eso no le saben a usted a nada.

—Eso será, pero como los del país... No sé cómo le voy a agradecer a Carlos todo lo que me dais de la huerta.

—No diga usted eso. Si no se lo doy, lo tengo que tirar. ¿Se cree que nos podemos comer nosotros cuatro lo que Carlos cultiva en la huerta? Yo se lo doy de mil amores.

—Eso ya lo sé yo, Loli, que no tienes nada tuyo.

Si se lo cuento tendré que contar más porque me hará preguntas; sobre todo, qué hacía yo al lado de la iglesia en vez de estar jugando con las otras niñas en el parque, y por qué perseguía a Richi con la bici...

—¿Se van este año a Motrico, Marga?

—¡Con este disgusto se nos han quitado a todos las ganas! Pero... ahora, ¿qué hacemos ya, Loli?

—¿Qué hacemos de qué, Marga?

—Con lo de Begoña, Loli, con lo de Begoña.

—Pues nada, si no ha pasado nada malo, Marga, ¡por Dios!

—Eso sí. Ya se lo he dicho clarito a mi hermana: “No lo vayas ocultando porque eso es peor”. Cuando ocultas algo, muchísimo peor salen las cosas, si lo sabré yo. Las mentiras tienen las patas muy cortas. Cuando se lo cuentas a la gente así, sin aspavientos, como cualquier otra cosa, la gente ni se inmuta, parece que hasta le dan menos importancia de la que tiene. Pero como hagas lo mismo que hizo Mari Tere con su sobrina...

—¿Quién, Marga? —preguntó mamá, despistada.

—¿Quién va a ser?... Mari Tere, la enfermera, ¿no te acuerdas? Cuando la sobrina se quedó embarazada lo iban ocultando ella y la hermana. Luego se supo todo y ya se le quedó el mote de “La mentirosilla” a la hermana, por ocultar lo de su hija, que tendría la misma edad que tiene Begoña ahora...

—¿Y le ha pasado algo?... Nada. Mírala, ahí está tan contenta con su niño.

—¡Ay, Loli! Pero no es plato de buen gusto, que no, que no es...

Nunca había visto escribir a Richi; bueno, ni escribir ni hacer cosas normales. Todos en el barrio dicen que está perdido pero no entiendo lo que quieren decir. El caso es que sacó una libreta de un bolsillo del pantalón y escribió algo y después lo

escondió entre los arbustos que rodean la fábrica de tubos abandonada, justo en la parte de detrás. A mí no me hubiese dado miedo esperar a que se hubiera ido y leer lo que ponía, pero creí que era ya la hora de cenar y no quería llegar tarde a casa.

—¿Ha visto usted a qué precio estaban las anchoas hoy donde Marce?

—Ni me he fijado, Loli, con el disgusto, pero ya me imagino, carísimas, ¿no?

—¡Horrible!

—Es que está hecho un ladrón este Marce. Yo me voy a Baracaldo, Loli. En la plaza encuentras mejores precios.

—Pero Marga, usted porque está sola pero yo con los niños no tengo tiempo de ir hasta Baracaldo solo para coger el pescado.

—Sí, eso sí. Pero ya te lo traigo yo, mujer...

—No, Marga, no, gracias.

—Y Marta, ¿no nos roba con la fruta?

—Sí, también es verdad.

—¡Son unos ladrones todos! Mírala, cómo ha prosperado, de vender lechugas tocando a las puertas con un barreño encima de la cabeza a poner su propia frutería. Si es lo que yo te digo muchas veces, Loli: este país está lleno de ladrones. Así va todo como va.

—A ver si se enmienda.

—¿Si se enmienda? ¡No creo! ¿No ves, Begoña? Dándole todos los caprichos a un hijo y mira cómo te lo paga, formando el escándalo.

—Pero Marga, me hace usted hasta reír. ¡Si ya es una mujer!

—Sí, una mujer demasiado espabilada. ¿No podía haber esperado a casarse y no dar espectáculos y disgustos a mi hermana?... Y ahora, Loli, lo más gordo, que espero yo, que... que... ¿cómo te diría?... que el niño sea de Jesús.

—¡Hombre, claro, Marga, qué cosas tiene! ¡De quién, entonces!

—¡Ni idea!

—No piense ya en cosas raras. Y no se lleve mal rato, que no hay vuelta atrás.

—No, vuelta atrás no hay, y que lo digas. Pero ya que se olvide de ir vestida de blanco.

—¿Por qué?

—Porque embarazada no se viste una de blanco. Se casa cuanto antes por el juzgado y listo. Y si no, que se lo hubiese pensado antes.

—No le deis ese disgusto a la muchacha.

—Bastante disgusto nos ha dado ella.

Mi madre se levantó de la silla y fue hacia la nevera otra vez para traerle unos pepinos.

—¿Dónde tienes a los niños hoy que no se oyen? —preguntó Marga sin importarle mucho qué hacíamos o dónde estábamos mi hermano y yo.

—Andarán por ahí jugando.

Mamá me llamó para ver donde estaba. Como vieron que aparecí enseguida se dieron cuenta de que había estado escuchando en el pasillo, escondida al lado del taquillón. Mi madre miró a Marga, justificándose.

—Esta no dice nada. No se preocupe usted. ¿Verdad que no vas a decir nada?

Mamá siempre me hace esas preguntas estúpidas. Como soy una niña cree que soy tonta, por eso pone voz de tontorrón cuando me habla delante de la gente. Por eso no quiero contarle nada, porque lo único que ocurre es que se enfada conmigo.

¿Acaso pensaban realmente que a mí me importaba lo que hacía Begoña? ¿Y qué más me daba a mí si estaba embarazada o no? ¿Además, a quién se lo iba a contar? ¿A quién le importaba semejante tontería?

La verdad es que yo ni tan siquiera sabía muy bien qué era eso de quedarse embarazada; o mejor dicho, no sabía qué tenía que hacer una para quedarse embarazada.

Marga me observó de forma inquisitiva y me lanzó una mirada no muy cariñosa desde detrás de sus enormes gafas de miope. Después se levantó. Se arregló un poco la bata que se le había arrugado de estar sentada, y se sacó la llave de dentro del sujetador. Siempre que se saca la llave del sujetador se le ven sus pechos enormes y caídos que le llegan a la altura de la barriga. A mí no me gusta verlos, pero es inevitable porque se los mueve mucho hasta que encuentra la llave.

Después, muchos años después, Marga se volvió loca. No conocía a nadie, y tiraba la basura por el balcón por no tener que ir a echarla al contenedor. Ya no subía a casa a quejarse de la vida. En sus peores días llegó a gritar desde algunas de las ventanas de su piso: “¡Gora Ibarretxe!”, y eso que era socialista.

Pero aún deberán pasar muchos años para que esto suceda. Todo a su tiempo. Hasta lo malo.

Ese día no conté nada de Richi. De todas maneras era ya muy tarde.

Editorial Milenio

© del texto: Araceli Cobos Reina, 2023
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2023
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2023
ISBN: 978-84-9743-978-7
DL: L 20-2023
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.